

¿ De todos modos, qué le parece esto, mi querido filósofo? ¿ Por qué expansión diabólica esta mujer se apartó del muerto que quería y lloraba para arrojarle en mis brazos? ¿ Será que en torno de los ataúdes revolotea un soplo de sensualidad? ¿ Ó es que la vida toma su desquite en un impulso vehemente é inmediato? Tengo la convicción de que los médicos saben más de lo que dicen sobre esos instantes de desorden y perversión, que de seguro aprovechan con frecuencia. Por mi parte, ya en otra ocasión, en circunstancias más terribles todavía, sentí la misteriosa influencia... el amor y la muerte, Valongo!

Pensaba enviarle esta página de mi diario sólo después de tomar una resolución y fijar nuestra nueva residencia; pero hétenos en plena peripécia. Esta mañana entra en nuestro cuarto, siempre lozano pero con la cara trastornada, el Sr. Alejandro, que, desde mi partida, espía por cuenta de mi familia al marido de Lidia... y ha hecho el viaje con él en un mismo tren. Por fortuna, ese feroz marido explora Mónaco donde cree que estamos, lo cual nos deja tiempo para tomar un partido.

Dentro de poco irán más noticias. El asunto no deja de ser grave; pero tomándome el pulso lo encuentro tranquilo.

CARLEJO.

VII

Al separarse bruscamente del anciano Merivet, después de su conversación en la cerca de la capilla, Ricardo tropezó con el Sr. Alejandro; y la sonrisa angulosa del lacayo, la ironía que le pareció notar en ella, iluminaron su mente con repentina claridad.

— ¿ Dónde están esos miserables?... este hombre lo sabe; lo sabe por Granburgo, y en casa lo sabe Rosa por él.

Y mientras andaba por el camino ya ardiente, su sombra recogida y corta doblaba á su lado los gestos de un furioso soliloquio.

— ¡ Cuidado si soy tonto! No haber pensado antes en esto y pasarme el tiempo en el correo. Con tal de que esta muchacha me lo diga... Pero lo dirá, pues si no...

Precisamente Rosa Chuchín, que tenía la misma

fisonomía de astucia de su padre el guarda pesca, aunque más joven y más fina, se presentó en la pequeña puerta del parque, en lo alto de aquellos dos escalones desde donde estuvo á punto de matar á su amo con el anuncio de la huída de Lidia. Vestida, con un sombrero de señora en la cabeza y zapatitos finos en los pies, la criada esperaba á alguien. Apartóse delante de Ricardo, con la sonrisa vaga y subalterna en que se puede leer lo que se quiere; pero cogiéndola por ambos brazos le hizo dar una vuelta acorralándola contra la puerta, que cerró de una patada.

— ¿Dónde está la señora?... de seguro lo sabes... contesta en seguida; ¿dónde está la señora?

Sacudíala brutalmente, mientras ella estupefacta, sin comprender nada al principio, tartamudeaba :

— Pero no, D. Ricardo, no lo sé... Al volver de la misa mayor la esperaba un despacho...

— Hablo de tu ama... mi... mi mujer, añadió con un esfuerzo; ¿Dónde está?

Y viendo que iba á mentir siguió diciendo :

— Nunca he intervenido en tus asuntos; pero ya puedes imaginarte que estoy enterado... Si crees que no te oigo cuando tu amante viene á casa... me bastaría decirlo á mi madre para que te ponga en la calle, y si lo supiera tu padre....

— ¡Ay, D. Ricardo!

— En consecuencia, nada de embustes. ¿Cuándo Alejandro les escribe, á dónde les dirige las cartas?

La involuntaria oscilación de aquel gran corchón de robusta campesina indicó sus vacilaciones; pero acabó por decir muy quedo el nombre de la ciudad y de la fonda. Ricardo quedó anonado. Créialos lejos, allende los mares, fuera de todo alcance. ¿No le habían hablado de un viaje á la India? Y he aquí que lejos de arrojarle sobre su venganza tan cercana, sentíase calmado súbitamente, sin por esto renunciar al viaje, pues encargó á Rosa que le preparase una maleta.

— ¿Sabes? la maleta que llevo cuando voy á cazar en los estanques de Mérogis... Y ante todo, ni una palabra á mi madre... ¿Dónde ha ido, dices?

— Á la estación de Villanueva con la victoria.

— ¿A Villanueva? ¿Y qué ha ido á hacer?

La Sra. de Fénigan no salía nunca más que para ir á misa.

— No sé, señorito, replicó la criada, pero aprovecharé su ausencia para coger la maleta que está en sus habitaciones.

Echó á andar por el pasadizo; pero él la llamó:

— Sube á mi cuarto al mismo tiempo y toma... No supo como pedir su revólver en el cajón de

la mesa de noche. Esto era indicar en demasía sus intenciones; así fué que se contuvo.

— No, nada, yo iré.

Al examinar su arma, se reprochó esta súbita é inexplicable disminución de ira.

¿Cómo, se preguntaba, cómo la idea de que mañana puedo vengarme si se me antoja me ha calmado enteramente? ¿Soy acaso un cobarde ó no tengo ánimo para tomar una determinación?

Entonces, para excitarse y recobrar el furioso empuje de un momento antes, buscó las cartas de Carlejo á su mujer, que guardaba en un cofrecillo para tenerlas siempre á mano y ante la vista. El efecto fué rápido. En aquel cerebro algo adormecido, fatigado por el aire libre, la imaginación tenía para avivarse necesidad de representaciones exteriores. Así hacen ciertos voluptuosos que llaman al libro y á la imagen en auxilio de sus sentidos apagados. Aquellas cartas se las sabía de memoria; pero leyéndolas, las frases tomaban cuerpo y las palabras chispeaban como miradas...

El rodar del coche en las alamedas lo apartó de estas visiones.... ¡Ya su madre!... Guardó las cartas de prisa, lamentando no haberse puesto en camino sin haberla visto. Ahora iba á ser necesario un pretexto para explicar el viaje, evitar llantos y súplicas. Buscaba qué decirle al bajar á su encuen-

tro y apareció en la escalinata cuando el coche se paraba. ¿Cuál no fué su extrañeza al ver el pescante lleno de baúles y cerca de la Sra. de Fénigan, bajo una sombrilla de color rojo escarlata una mujer joven, vestida del mismo color desde su toca de viaje hasta sus medias caladas que dejó ver al saltar á tierra con la impetuosidad de un muchacho.

— ¡Buenos días, Ricardo! gritó la desconocida alegremente, mientras daba la mano á la madre, que hacía señales al mozo. La voz resonaba, joven y fresca, con un lindo acento provinciano, ya oído, casi familiar. Sin embargo, Ricardo vacilaba cuando la Sra. de Fénigan, subiendo la escalinata cogida del brazo de la señora vestida de colorado, le dijo.

— Pero hombre, si es Elisa, la prima de Lorient.

Un enjambre de recuerdos, de minutos enamorados y dichosos, revoloteó en su memoria. Vió de nuevo á la prima, redondita y menuda, galopando á su lado en las llanuras de la comarca, y á la portezuela del coche en que Francisco Belleguie, su padre, rico contratista de carpintería y, la Sra. de Belleguie, hablaban con la notaria del próximo casamiento de sus hijos, que se entendían á las mil maravillas. Por desgracia, las dos madres se parecían demasiado para estar acordes. La

Sra. de Belleguie era una bretona labrada en piedra berroqueña, otro « buen tirano » que pretendía dirigir á todo el mundo como á su marido, con puño firme y riendas tirantes. « Francisco, que no es un águila », decía al nombrarlo, delante de él, y el marido siempre se inclinaba, sonriente y beato; no tenía nada de águila, en efecto, y estaba sometido al yugo conyugal que á la larga le había deformado la nuca. Á consecuencia de una violenta disputa entre los dos buenos tiranos, tuvo que tomar partido por su madre contra los padres de la que ya acariciaba con miradas de novio; sacrificóse, sobre todo por debilidad, por imposibilidad material de decir no, pero quedándole en el fondo del corazón verdadera pena, disipada por la acción del tiempo y de otras heridas mucho más profundas. En aquellos doce años, la Sra. de Belleguie fué á reunirse con sus nobles antepasados los Kerkabelec, y Francisco, que no era un águila, triste al considerar que no se lo decían, siguió á su mujer en la tumba. Elisa, casada con un cirujano de la marina alcohólico y brutal que la zurraba de lo lindo, obtuvo primero la separación de cuerpos y de bienes y luego el divorcio cuando se votó la ley. La Sra. de Fénigan se indignó á fuer de católica ortodoxa, y hasta hubo con este motivo entre ella y Lidia una de esas discusiones

agradulces en que los vocativos « mi querida madre », « mi querida hija », se cruzaba como chorros de sustancias corrosivas. Después, cuando huyó su nuera, ante el abandono y la tristeza de su hijo, al cual creía ella que podría bastar su ternura de madre sin efusión, se modificaron sus ideas acerca de la divorciada y del divorcio. Entonces recordó que Elisa y Ricardo se habían amado y tuvo remordimiento por su capricho de impedir aquel matrimonio que tantos pesares le hubiera ahorrado; remordimiento tanto más sincero cuanto que la desaparición de los Belleguie le dejaba la absoluta autoridad de que tan celosa estaba. Así fué que, sin todavía tomar una resolución, guiada por su instinto de madre y los avisos del cura de Dreveil, su confesor, escribió en secreto á la prima de Lorient para que viniera á pasar algún tiempo en Uzelles, y la prima, poco rencorosa, aceptó.

Su presencia tuvo como primer resultado el de impedir la inmediata partida de Ricardo. Éste la dejó para el tren de la noche, y almorzó sentado frente á Elisa, divertido por sus sonoras carcajadas, sus lindos ojos y su boca deslumbradora. Era la joven de esa raza de seres privilegiados sobre los cuales pasa la vida con sus intemperies y catástrofes sin que deje en ellos el más ligero rastro.

Al cabo de tantos años de luto y lágrimas, veíala tan alegremente aturdida, con su misma afición provinciana á lo vistoso y chillón, conservando sus hileritas de granos de arroz entre los labios, su mejilla morena y rosada aterciopelada como un durazno; pero con los brazos más llenos, el cutis más blanco y un arte tan impudente á la vez que sencillo del escote, que intimidaba á su pacato primo. Ricardo se volvía á cada instante y dejaba caer sobre la entreabierta garganta una mirada ruborosa, llenando de alegría á la coqueta y buena muchacha, que obedecía las indicaciones de la Sra. de Fénigan, quien le dijo: « Mi hijo está enfermo; trata de curarlo. »

Apenas terminaba el almuerzo cuando Elisa lanzó un grito de angustia:

— ¿Y mi saco de viaje?

Era un saquito de cuero encarnado donde guardaba su dinero, valores, alhajas, todo cuanto tenía. Al principio no se alarmaron. ¡Cuántas cosas había extraviado ya en la hora que allí llevaba! Era de esperar, pues, que darían con el saco, y con el abanico, y con los anillos, y con la sombrilla, sembrados por la linda criatura en sus vueltas y revueltas de movimientos y de ideas. Después de mucho buscar, hubo que convenir en que se había quedado en el tren, ó por lo menos en la

estación, pues el cochero afirmaba no haberlo visto en el pescante con los demás paquetes.

— Que vuelva el cochero á la estación, dijo la madre.

— No, prima, muchas gracias; estoy demasiado intranquila y prefiero ir yo misma.

— Yo te acompañaré, Elisa, propuso Ricardo... Tomaremos el *boghey* para ir más de prisa.

Y como la campana llamaba al almuerzo de los criados, Ricardo fué en persona á enganchar para no molestar á nadie y ganar tiempo. Una vez solas, las dos mujeres se echaron en brazos una de otra.

— Ay, mi querida Elisa, si pudieras...

— Pero me parece, prima, que las cosas no van tan mal... Déjeme V. y ya verá.

— ¿Lo has encontrado cambiado?

— Sobre todo pálido, y con las facciones rígidas.... Lo prefiero así pues tiene aire más distinguido. Pero me había dicho V. que estaba triste y tararea constantemente. ¿

Y á la vez Elisa repetía el « pum-pum », el acompañamiento del bajo en la sonata.

— Cuando tararea está pensando en ella, replicó la madre.

— ¿Entonces piensa en ella siempre? ¿Es posible, después de lo que le ha hecho?

— No puedes comprenderlo... yo tampoco, hija mía.

Ricardo llamaba desde el jardín; su prima bajó de prisa y subió al cochecillo.

De Uzelles á la estación del camino de hierro hay dos leguas largas; ese trayecto lo recorrió Ricardo con el ligero carruaje que guiaba en menos de media hora. Cuando el *boghey* entró en el patio de la estación, lleno de ómnibus y vehículos de todas clases, el Sr. Alejandro, con una toca escocesa en la cabeza y un saco de viaje á guisa de morral, hacía un cigarrillo delante de la sala de espera, mirando á toda aquella gente, viajeros de extramuros, con el aire de superioridad y cansancio del viajero que tiene delante mucho camino. Avisado por Rosa Chuchín de los proyectos de Ricardo primero y después de la llegada de la prima, pensaba que el marido no podría tomar sino el tren de la noche; y que un adelanto de algunas horas le bastaría para llegar á tiempo de prevenir á los fugitivos del peligro. Llevaba preparado su plan y sus gestos: aprovechar el miedo, el desorden de los primeros minutos para embarcar al príncipe en el *Azul-Blanco-Rojo*, llevándose á la dama por tierra y, una vez separados los amantes, poner entre ellos la duda, las mentiras, haciendo imposible toda reconciliación.

La súbita llegada de Ricardo á la tumultuosa estación trastornó todos sus proyectos. Desde un rincón de la sala de la tercera clase, vióle saltar del coche y atravesar la vía, evidentemente para tomar el mismo tren que él... ¿Cómo hacer? ¿Cómo subir al wagón sin ser visto? ¿Y en el camino, y al llegar?... De pronto, nueva aparición de Ricardo que agitaba un pequeño saco encarnado, enseñándolo desde lejos á la señora que se había quedado fuera, en el pescante del *boghey*. Volvió á sentarse á su lado, tomó las riendas, y sin dar á su caballo ni el más ligero latigazo, desapareció como un relámpago por la empedrada calle, seguido hasta el fin por las vigilantes miradas del antiguo lacayo. ¿Iría Ricardo en busca de los amantes ó habían cambiado sus ideas? La verdad es que nada indicaba en él un Otelo irritado rumiando su venganza... El tren de París, que entraba en la estación, sacudió todo el andén, mientras se abrían las portezuelas.

— Viajeros para Lyon, Marsella, Niza, al tren, gritó una voz.

Alejandro pareció vacilar un segundo; pero al cabo arrugó su rostro perversa risita y saltó en el primer coche que tenía á mano.

Elisa quiso que dieran una gran vuelta para regresar á la quinta.

Me parezco á la niña del cuento que llaman de la Caperuza Encarnada; me gustan los atajos, las vueltas y revueltas en que se pierde el viajero en busca de cuanto tiene alas y aroma exquisito... ¿Miedo al lobo?.. Nunca... Si la niña del cuento sabe arreglárselas, por quien hay que temer es por el lobo.

Embriagada por el esplendor del día, la rapidez del caballo, la alegría de haber encontrado sus alhajas, producía en efecto la impresión de la niña de la Caperuza Encarnada, tal como la representan los grabados, con su toca rojiza y dejando adivinar una risa parecida á los sonidos de un cascabel. Tomaron á lo largo del Yeres, pequeño río á lo Watteau, de color azul oscuro profundo, frígido, adormecido bajo elevadas arboledas, entre verdes pendientes cuya frescura contrastaba con la blanca brasa del camino. ¡Cuidado, atención! Al pasar el cochecillo con extraordinaria velocidad, las familias parisienses que llenan las vías campestres con sus paseos del domingo, se apartaban vivamente; en las ventanas de quintas microscópicas, de grotesca variedad, unas con torres, otras con balcones y adornos de loza ó ladrillos de color rosado de avellana, asomaban siluetas de curiosos, y Ricardo leía en todos aquellos rostros agobiados de cansancio y fastidio la misma ex-

presión de contento y de simpatía debida al paso de la agradable criatura que desde lo alto del pescante les sonreía. ¿Cómo sustraerse por su parte al encanto enloquecedor de aquella sonrisa el hombre sentado al lado de la joven, que sentía el calor de su cuerpo, el fresco susurro de sus frases ó de sus rizos agitados por el viento? Á cada momento, Elisa pasaba su brazo que le rozaba las mejillas, ya para coger las riendas y el látigo, ya para enseñarle una magnolia gigantesca en medio del césped de un jardín, ó una banda de patos amarillos que seguían la corriente del agua; y cada vez se inclinaba, poniéndole delante de los ojos la ligera abertura de su corpiño, que velaba una garganta blanca y redondeada. Sin que Ricardo se diera cuenta de ello, esos efluvios femeninos lo encantaban y calmaban sus nervios con suave tranquilidad.

Al entrar en la aldea de Yeres, que el gran camino cruza, hubo que moderar el paso, pues la feria del país, anunciada desde lejos por el ruido de los organillos, tambores y murgas, así como por áspero olor de frituras, alineaba á ambos lados de la calzada sus tiendas volantes y sus caballos de madera. El coche iba al paso, entre la multitud cada vez más compacta.

—¿Cómo vamos, Eugenio? ¿Y los chicos?

Al oír esta pregunta de Fénigan, Eugenio Saltacor, el Indio, que andaba junto al *boghey*, llegando con su hombro á la altura del pescante, dejando ver bajo su gorra redonda de uniforme su ancho rostro violado y ansioso, contestó :

— No va mal, D. Ricardo, gracias y lo mismo los chicos. Sólo que mi hijo está haciendo sus veintiocho días de instrucción militar y que yo quedo encargado de mi nuera... Esto no es cómodo que digamos. Hoy teníamos á almorzar unos amigos de su marido y ha querido traerlos á la feria... ¡ Mil demonios los disgustos que me da !

El Indio sacó de su gorra un pañuelo de color para limpiarse la frente sudorosa cruzada por una arruga iracunda. Y mirando de pronto en torno suyo por la multitud, que descubría entera gracias á su elevada estatura, añadió : « La tunanta me ha engañado otra vez. » Saludó militarmente y se acercó á las tenduchas en busca de su nuera, que Ricardo descubrió poco después en la plaza de la iglesia, rodeada por multitud de pretenciosos midecintas, con grandes cuellos ingleses postizos, y vestidos según la moda de los cafés conciertos parisienses. La banda se divertía en el juego que llaman de la matanza, que consiste en tirar con grandes bolas á la cabeza de una colección de figuras de goma ó de trapo.

— Por vigilante que tu Indio sea, dijo Elisa, creo que le será difícil guardar esa caza.

— También me parece ; pero que tenga cuidado, pues Saltacor sería terrible.

— ¿ Más que el marido ?

— Oh, el marido... es un tipo de mi clase.

Y al decir esta frase, pronunciada con acento doloroso, y que fué la primera, la única alusión á su desdicha desde la llegada de Elisa, Ricardo soltó la rienda al caballo, ansioso por verse fuera de la multitud y se lanzó á todo correr por la calle inclinada hasta Yeres. Una vez pasado el pequeño puente, tomó por una alameda sombría, entre inmensos parques floridos y olorosos. Á lo lejos, sobre el tumulto de la feria que dejaban detrás, caía lento y grave el toque de vísperas, parecido á la expresión desolada que acababa de cubrir de sombras la alegre conversación que traían.

Aquella noche, después que el invariable cubre fuego sonó en la quinta de Uzelles para todos los huéspedes de la casa, siguió la conversación hasta muy tarde en el cuarto de Elisa. La madre, vestida con un ropón de franela blanca y una palatoria en la mano, se hacía repetir mil veces el relato del paseo ; y la bujía se acababa, y los párpados de la pobre Elisa se cerraban, sin que la

notaria, que había entrado allí por dos minutos, notara que esos minutos pasaban ya de dos horas. Al mismo tiempo, Ricardo se asombraba de verse en la cama, y no camino de Monte-Carlo, preguntándose por qué le parecían aquella noche tan suave su almohada y tan frescas las sábanas, después de la calentura de las noches precedentes, y porqué, habiendo desoído los consejos de su madre y de Merivet, bastaba para hacerle renunciar á su venganza y modificar sus ideas un corpiño entreabierto y una cabellera reunida sobre una nuca deslumbradora. Toda la filosofía del pobre diablo no bastaba para explicarle, ni aun al cabo de largo rato de apagar la luz, cómo era tan irresistible un poco de carne femenina, y cómo había en un corazón atormentado según era el suyo, sitio para otro deseo que el de venganza y de muerte.

Al día siguiente tampoco se puso en camino y ni siquiera habló de ello. Como no había más que un caballo de montar en la cuadra, fué preciso buscar otro para Elisa, y los dos primos salían juntos constantemente. Silencioso por gusto y por temperamento, la equitación tenía para él la ventaja de que á caballo no se habla, no se piensa más que á medias, pues se vigila siempre al animal más caprichoso y más tímido, de visión

absolutamente, desproporcionada con la nuestra. El jinete toma en parte la naturaleza de su cabalgadura. En la crisis que pasaba, cuando apenas se atrevía á examinar su pecho, Ricardo encontraba deliciosa esa suspensión de la personalidad. Cada vez que volvían de uno de esos largos paseos al aire libre, la Sra. de Fénigan encontraba á su hijo contento, con la voz y las manos afectuosas, sin el perpetuo pliegue en el mismo punto de la frente, indicador de idea constante, y entonces ella también se llenaba de contento, pensando en la próxima curación, dispuesta á creer, si Rosa no le hubiera confesado la aventura de la maleta, que Ricardo no había sufrido herida tan profunda como pretendían el cura de Draveil y el chiflado propietario de la capillita.

— ¿Cómo van las cosas, muchacha? repetía todas las noches con aire de malicia misteriosa al instalarse en el cuarto de Elisa. Pero los días y las cabalgatas se multiplicaban sin ningún resultado decisivo.

— Sin embargo, hago cuanto puedo, decía la joven casi llorosa. Y la madre la animaba, buscando con ella manera de vencer la timidez de Ricardo.

— No es más que eso, chiquilla; ninguna otra cosa se opone. Todos los hombres son tímidos, y él más que los otros.

— ¿V. cree? Pues seguiré mi conquista.
Y así fué.

Sorprendidos una vez por la tormenta, se albergaron por un instante después de una carrera loca en un cobertizo á la entrada de la comarca. El sitio era estrecho y los dos caballos estaban uno junto á otro.

— ¡Cómo me late el corazón! dijo Elisa. Mira Ricardo.

Y con gesto irreflexivo, le tomó la mano y se la puso sobre el pecho. Ricardo sintió espantosa sacudida. «La otra, la otra...» murmuró dejando correr su mano libre al rededor del talle que se abandonaba; y durante cinco minutos se abrazaron voluptuosamente, pálidos y silenciosos.

Hasta entonces su prima no había sido para él más que una de esas golondrinas que entraban por la ventana abierta de la *isba*, para dar alfilerazos contra las vigas del techo ó las guardias de las espadas; ahora se puso á observarla, deseoso de saber lo que había en aquel alma siempre contenta, detrás de aquel continuado trino. ¿Por qué no amarla, si le curaba del mal que le hiciera la ausente, y puesto que su madre parecía deseárla tanto?... Pensando en ello estaba, mientras hacía frente á su madre después de almorzar en una partida de ajedrez, al día siguiente de la horrible

tormenta que había arrastrado la tierra del jardín y puesto impracticables los caminos. Elisa estaba en una ventana, mirando al camino, y muy cortada desde la víspera con Ricardo, ansiosa por la declaración que esperaba.

— ¿Qué hay? preguntó la Sra. de Fénigan, al oír gritos y alaridos.

— Es ese anciano mendigo... ¿Cómo lo llaman ustedes? El tío Jorge, que se encuentra en un estado... Y todos esos chicuelos detrás de él... Le quitan su palo... ¡El pobre, se va á caer!

Hubo en la calle una explosión de carcajadas. Embriagado, repugnante, lleno de placas de suciedad, con el lodo del camino en sus andrajos y en su barba, el anciano mendigo, al querer disipar la banda de chicuelos que le daban gritos, dejó caer su palo, de que los otros se apoderaron, y ahora, incapaz de dar un paso, se apoyaba de espaldas en la pared de la granja, cogiéndose á las piedras, resbalaba, se volvía, se levantaba para caerse de nuevo, llorando, pidiendo su palo que Robín el peón caminero, interrumpiendo su siesta, acabó por ponerle en las manos. Entonces se desarrolló un pequeño drama, cuyas peripecias siguió Ricardo detrás de su vidriera. Mientras que en un arranque de piedad casi animal el peón caminero tomó al pobre viejo por los brazos y lo puso dere-